

LA CALLE

La calle es un mundo extraño,
donde se mira la gente
y todos pasan de largo.

Nunca nadie se detiene
a mirar cual es su rastro,
todos caminan deprisa,
nadie camina despacio.

La noche siempre dormida
se confunde en el asfalto,
y el viento pasa doliente
dejando huellas de barro.

Cada persona que pasa,
se siente sola, entre tantos...
y un mar de sombras se cruzan
con silencio desgarrado.

La calle es un mundo extraño,
donde se mira la gente
y todos pasan de largo.

María Rosa VICENTE OLIVAS

ECOS DE GUADALUPE



Emos pronunciado el nombre bello y sonoro de la Virgen de Guadalupe: aliento poderoso de nuestra Fé católica, romana y papal; hermosa síntesis de nuestra Historia incomparable; entraña viva y ardiente de la España que no muere; Reina y Señora de la Hispanidad...

Al monasterio de Guadalupe se le ha denominado en insuperable elogio: «SANTUARIO DE REYES Y REY DE SANTUARIOS», en donde se venera la más linda y escogida Flor de Extremadura, con su faz tostada por los soles de la gracia y del imperio.

Digamos, que, los anales místicos y guerreros de Castilla, a contar de mediados del siglo XIV, y a lo largo de la siguiente centuria. El esplendor magnífico y triunfal de nuestros siglos dorados, con su amplia valoración ecuménica y teológica. Aquel divino afán expansivo del descubrimiento y civilización del Nuevo Mundo tan penetrado de misión evangelizadora de pueblo escogido, están, como metidos entre los muros sagrados del famoso monasterio, cuyo gótico templo fue exaltado a la categoría canónica de basílica, por el celeste Pontífice Pío XII.

Ya, desde el reinado de Alfonso XI el del Salado, el templo y monasterio van señalando los movimientos oscilatorios de nuestro porvenir histórico, vinculados a las inmarcesibles glorias y felices realizaciones de la España eterna. Y recíprocamente, su decadencia y descenso señalan las mayores desventuras nacionales.

Así, que, esta oportuna dichosa de un pueblo en paz y progreso nacional, coincide con la buena estrella del famoso santuario. En tanto que Guadalupe recupera su perfil histórico impulsado por

el amor a esta Virgen milagrosa, nuestro Estado, social y católico, ha vuelto a dominar el timón de sus propios destinos, dentro y fuera, de los confines del ibérico solar.

Deber, será por tanto, que todos los españoles, pero singularmente los extremeños, velemos por el auge y merecimiento de esta joya nacional, de la ínclita raza hispana, providencialmente enclavada, en tierra cacereña.

Guadalupe, trono encumbrado de la Madre de Dios, es una de las estaciones o lugares más bellos y celebrados de la Reina del cielo, en la tierra; «Mi paraíso», le llamaba la Reina Isabel de Castilla.

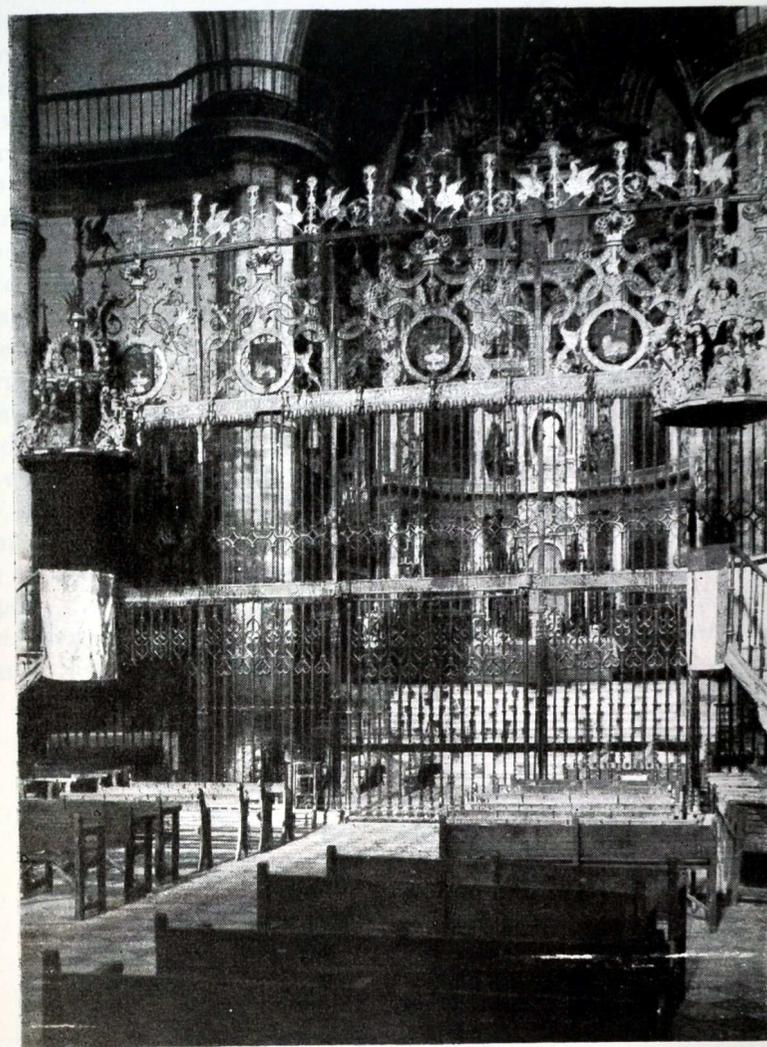
En Guadalupe se llevaron a cabo, los primeros atisbos de la unidad nacional con el pensamiento del matrimonio de la Princesa Isabel con el Infante Fernando de Aragón, al fracasar el propósito equivocado de Enrique IV, de casar a su media hermana con el rey de Portugal. En Guadalupe, meditaron y decidieron los Reyes Católicos, sobre el término de la Reconquista de Granada y una vez recuperado el último baluarte árabe, la Reina escribió al prior comunicándole el dichoso final. Y a Guadalupe llegaron poco después, Reyes y Príncipes y dar rendidas gracias a Santa María, «Capitana contra el moro, Virgen de las Batallas», por tan singular triunfo.

En este «paraíso» firmaron Isabel y Fernando las provisiones reales en las que se ordenaba a Juan de Peñalosa la entrega a Colón de las tres carabelas equipadas para la empresa más alta de todos los siglos. Y en Guadalupe, se siente la palpitación y el grito marinero del insigne descubridor, al partir, camino del Nuevo Mundo: «JESUS CUM MARIA EST NOBIS VIA».

Y aparte de ser Guadalupe, como la rosada aurora espiritual del Nuevo Mundo, es también, «pila bautismal de América», porque en su templo maravilloso recibieron las aguas lustrales del primer sacramento, dos indios que Colón trajo de las tierras recién descubiertas.

Ahora, que, en Guadalupe, como en Lourdes, como en Fátima y en tantos templos marianos, se siente el temblor de lo divino, junto con la presencia de la Virgen y su poderosa Mediación: Se palpa su omnipotencia suplicante. La más alta valoración de Guadalupe, son los milagros sin cuento, allí realizados, por la intercesión de esta Virgen bendita, rosa de misericordia y amor, en la canción de los siglos.

Guadalupe de España, no es santuario más, sino, uno de los pocos que ostentan, con derecho propio, el dictado de Santuario Nacional.



Maravillosa reja de la Basílica de Guadalupe, obra de Fray Francisco de Salamanca y Fray Juan de Avila. siglo XVI

Cierto que el mundo no hallará salvación más que en Jesús. Pero a Jesús llegaremos por la senda primoroso de María, la mujer más próxima a Dios y la más cercana a nosotros. Y si la Virgen como Madre de Dios todo lo pueda, en su calidad de Madre espiritual nuestra, todo lo bueno lo quiere para sus hijos.

San Agustín asegura, en su doctrina contra Pelagio, que la Virgen está con nosotros, en el principio, en el medio y en el fin de nuestra santificación, y si hemos de creer a San Bernardo, la Virgen, escucha nuestras súplicas, cuida de nuestras necesidades y se las presenta a su Hijo, al que impetra y ruega hasta alcanzar las gracias deseadas. Así, exclama, el mismo Santo Doctor: La Virgen es nuestra Mediadora, cerca del Mediador principal, Cristo Jesús.

Urge enriquecer el conocimiento y el amor, en primer lugar, de los pueblos extremeños hacia la Virgen de Guadalupe. No basta el goce de esa explosión sin igual, del «Día de la Fiesta». Hay que lograr, que todos los días de cada año, la Virgen reciba centenares, miles, de hijos suyos en visita a la Madre, misericordiosa, porque, así como el Cristianismo primitivo respiró el espíritu devocional hacia la Madre de Dios y se alimentaba de su magisterio verbal y ejemplar, nosotros hemos de percibir, todo el valor santificador de esta devoción mariana, universal, acudiendo a María, al Santuario de Guadalupe: Allí, la Madre, espera a sus hijos.

Por Marcelino GONZALEZ HABA

